

ÅSA LARSSON

LOS PECADOS DE NUESTROS PADRES



(Seix Barral)



Seix Barral Biblioteca Formentor

Åsa Larsson

Los pecados de nuestros padres

Traducción del sueco por
Pontus Sánchez

MARTES, 26 DE ABRIL

Cuando Ragnhild Pekkari decidió morir, vivir se le hizo un poquito más fácil.

Tenía un plan. Salir a esquiar en la escarcha de la noche, una vuelta de dos horas, a menos que hubiera un cambio repentino de tiempo. Cuando llegara al sitio, un río sobre el cual siempre se formaba un puente de nieve, encendería un fuego y se tomaría su última taza de café. Luego derretiría algo de nieve y la echaría dentro de la mochila para que se empapara y pesara y no estuviera llena de aire. Después de eso se pondría los esquís y se metería por el puente de nieve. Por debajo, el agua corría libremente. Si todo iba como ella se había imaginado, el puente cedería. Y, si no lo hacía, ya se arrojaría ella misma por el borde.

Sería todo muy rápido. No tendría ninguna posibilidad de cambiar de idea, con los esquís puestos y la mochila a la espalda, tan pesada que le impediría flotar.

Y con ello se habría terminado todo, por fin.

Tenía una cita con la muerte. Y, de hecho, la conocería el mismo día que ella había designado en secreto, si bien no de la manera en que había previsto.

Una vez tomada la decisión, se sintió liberada de la mayor parte del peso. Su interior se irguió como los abedules del

bosque. Recubiertos de escarcha, la nieve del invierno los había obligado a arquearse. Ahora, durante la tregua de comienzos de primavera, se enderezaban despojados de la carga, pasaban del gris al violeta, el color litúrgico de la penitencia.

Se había jubilado en junio del año anterior. El director médico había dado un discurso claramente improvisado y, además, se equivocó al decir el año en que la contrataron, aun siendo la cosa más fácil de comprobar del mundo. El muy desgraciado. Era uno de esos médicos que se sentían amenazados por la altura de Ragnhild. Su mano derecha, Elisabeth, de dirección, le había comprado un regalo, un abrebotellas con forma de delfín de plata. Después de tanto tiempo, eso. Elisabeth llevaba más de veinte años trabajando en administración y no tenía ni idea de lo que el resto de las enfermeras hacían sobre el terreno. Estaba del lado de la dirección y presionaba al personal con horarios difíciles y más tareas. Y, para colmo, el delfín de plata. Ragnhild logró responderle con un falso agradecimiento, lo que le hizo sentir la necesidad de llegar a casa cuanto antes para lavarse con jabón.

Podría haber vomitado encima de toda la mesa del almuerzo de despedida, con las servilletas baratas de papel y la tarta de supermercado. Algunos médicos se habían pasado por el *office*. Ragnhild había intercambiado miradas con las demás enfermeras: era extraño que los médicos nunca acudieran a un aviso cuando un paciente se encontraba mal, pero que siempre se teletransportaran si había dulces. Algún médico de cabecera había preguntado «¿qué estamos celebrando?» con la boca llena.

Al terminar el último turno, había abrazado a sus compañeras de trabajo. Se había quedado un rato delante del que había sido su anaquel durante casi treinta años, lo había cerrado con llave por última vez y había abandonado el hospital con una sensación de irrealidad y el puto delfín en una bolsa.

Luego, el verano había transcurrido con normalidad, solo le habían parecido unas vacaciones largas. Llegó el otoño y se buscó nuevas rutinas. Se anotó a un curso avanzado de punto

con una excompañera de trabajo jubilada. Entrenaba cada día, iba al gimnasio o salía a pasear por el bosque. Leía libros, por supuesto, casi uno al día.

Transcurrió medio invierno. Sabía que iban faltos de personal en el trabajo, pero nadie la llamaba. Elisabeth la odiaba y no la quería de vuelta, sin duda.

Las Navidades las pasó consigo misma, en sorprendente soledad. Siempre había trabajado los días festivos.

A comienzos de marzo, un lunes, mientras volvía de la tienda con las bolsas de la compra, le vino a la memoria un recuerdo de infancia.

Era bastante pequeña, quizá tendría unos seis años. Había acompañado a uno de sus tíos al hielo, donde iba a tirar un viejo motor de barco por un hoyo que había abierto con la motosierra. Su tía había estado lavando sábanas allí durante el día, y él aprovechaba para deshacerse de algunos trastos. En aquella época no era raro que la gente sacara sus heladeras viejas y demás cacharros al hielo. Así podían hundirse hasta el fondo cuando este se derretía. Pero ahora había un hoyo, así que podían tirar algunas cosas antes de que volviera a cerrarse. Ragnhild se había quedado de pie al lado del borde. Su tío no le había dicho que guardara las distancias. Vio el motor de barco cayendo al agua con un chapaleo y luego hundirse lentamente, como meciéndose, hasta alcanzar el fondo con un suave ruido.

Ragnhild recordaba la sensación de vértigo al mirar abajo. El peligro de estar tan cerca, el baile lento e hipnótico del motor mientras descendía entre los rayos de sol. Creía que iba a verse arrastrada, que se iba a caer en el hoyo, que bajaría meciéndose ella también. La nube de fango que se levantó cuando el motor aterrizó en silencio.

Fue así como le vino. Estaba volviendo a casa tras su compra semanal cuando su motor tocó fondo. Nueve meses después de su jubilación pensó: «Ya basta».

El alivio no se podía describir. Decidió que viviría este último tránsito de invierno a primavera. Después zanjaría el asunto

antes de que llegara la época del año conocida como el suspiro, cuando la nieve era un grueso manto blanco que ni aguantaba peso ni cedía, pero que de vez en cuando se desplomaba con suspiros sordos.

En marzo y en abril había aprovechado para esquiar por el bosque. Cada día, hiciera sol o nevara y soplara el viento, lo mismo le daba. Los días soleados encendía un fuego, se sentaba sobre la almohadilla de cuero y se tomaba un café y un sandwich. Ya no leía libros. Se miraba por dentro y se maravillaba con la calma que veía. Esa fuerza singular con la que su decisión había logrado borrar prácticamente del todo la turbia angustia.

A finales de abril empezó a hacer su limpieza de muerte. Aunque no demasiado bien. No quería que diera pistas sobre el suicidio. La sola idea de imaginarse a la gente ladeando la cabeza y diciendo: «Debía de estar tan sola...».

No, tenía que parecer un accidente. Y tenía que haber comida fresca en la heladera. Llevó el anorak a la lavandería. ¿Quién deja ropa en la lavandería si tiene pensado suicidarse? Dejó el recibo de color salmón a la vista sobre la mesada de la cocina, junto a la pava eléctrica.

Al otro lado de la ventana, las estalactitas de hielo del canalón iban goteando, un punteado monótono que se iba acelerando a medida que avanzaba la primavera. La nieve se escurría de los tejados y se derretía en las carreteras de asfalto. Todo se iba preparando para el día designado. La escarcha nocturna aún soportaba el peso de los esquís, lo cual era un requisito indispensable.

Durante la limpieza pensó largo y tendido en las fotografías de su hija. No podían quedarse en la biblioteca, en el sitio de siempre, metidas entre las páginas de las novelas preferidas de Ragnhild. Los libros corrían el riesgo de terminar en Kupan, la tienda de segunda mano de la Cruz Roja, a cinco coronas cada uno. No podía permitir que las fotos de Paula aparecieran de repente. Eso daría pie a un chismorreo infinito. «¿Por qué tenía fotos de su hija en los libros? Qué persona tan extraña...»

Se compadecerían de ella. No, gracias, eso no podía ocurrir de ningún modo.

Entonces, ¿qué hacer? ¿Enmarcarlas y exponerlas en la casa? ¿Quemarlas? Las sostuvo un rato. Ahí estaba Paula con dos añitos, sonriendo de oreja a oreja y con la cara cubierta de helado y una corona de princesa en la cabeza. Con cinco años, en su primera excursión de montaña hasta el lago Trollsjön, un día caluroso, el monte estaba lleno de flores y ella solo llevaba braguitas y un sombrero de tela, rodaba sobre la nieve que aún quedaba. Cuando se cansó, Ragnhild se la subió a los hombros.

«Yo era dura como un abedul —pensó ahora—. Montaña arriba con la mochila y una niña a cuestas. Casi nada.»

Sacó una foto de verano de la playa de Pite, en la que Paula salía abrazando a su abuela, y luego las clásicas de la escuela, fondo azul aburrido y una sonrisa que no era una sonrisa, sino tan solo una boca de niña tensada hacia los lados y algo que parecía miedo en la mirada.

Ragnhild fue ojeando con cuidado las fotos, respiraba de manera superficial y ligera, estaba muy quieta. Habitaba en su interior un animal que aún podía despertarse. Debía ir con cuidado. Ragnhild temía a la madre. Que fuera a asomar la cabeza de su guarida, con el pelo erizado y los ojos desbocados. Enfadada, herida, irreflexiva. Deseosa de dar explicaciones, de arreglar las cosas, de buscar comprensión, de señalar con el dedo a los cómplices. De hacer llamadas.

Al final metió las fotos de Paula en un cajón del escritorio.

Había que limpiar las ventanas, pero no era ese el tipo de limpieza que estaba haciendo. Solo estaba eliminando las cosas privadas. Además, una casa demasiado limpia también la haría quedar como una infeliz sin vida propia. No, de las ventanas ya se encargaría otro desgraciado.

Cuando llegó el último día, hizo lo que había planeado. Por la tarde preparó la mochila con cosas pesadas que podrían considerarse parte de un equipaje normal: el kit de cocina con hornillo y cacerola, una vieja carpa de invierno, una botella de

vino, la bolsa de dormir de invierno, una piel de reno, un anorak de plumón.

Regó las plantas una segunda vez. Al fin y al cabo, ellas no habían hecho nada malo.

Sacó la Biblia de la biblioteca.

—Si tienes algo que decirme... —le sugirió a Dios.

La abrió al tuntún. Le salió el Libro de los Jueces, donde Yael mata a Sísara, el comandante del ejército de Jabín. Mientras él está durmiendo, ella agarra una estaca, se le acerca de puntillas con un martillo en la mano y le atraviesa la sien con el hierro hasta clavarlo en el suelo.

—Eres muy gracioso —le dijo Ragnhild a nuestro Señor en tono arisco. Como un viejo gruñón en el desván. Tiene una opinión para todo, pero no hace nada.

Cerró la Biblia y apartó de su mente esos versículos sin sentido.

Tras las demoliciones nocturnas en la mina, sobre la una de la madrugada, un leve temblor recorrió la casa. Entonces Ragnhild se tumbó en la cama y echó una cabezada.

A las dos y media cerró la puerta de su piso por última vez. No sintió nada en especial. Pensó lo de siempre: «No me he dejado ningún grifo abierto ni nada en el fuego», y cerró con llave.

Metió los esquís y la mochila en el coche. La época del auténtico sol de medianoche no empezaría hasta tres semanas más tarde, pero las noches ya estaban inundadas de una luz pálida. En Kiruna reinaba el silencio, excepto por los ruidos de la mina, que se oían mucho más claros en mitad de la noche, cuando no había tráfico que los ahogara. El chirrido de los trenes de mena al detenerse, el golpe seco cuando los frenos se soltaban y los ferrocarriles partían cargados de ese mineral. El manto sonoro de los ventiladores de la mina.

Pese a todo, la mina, que iba devorando aquella ciudad de mierda por debajo, no dejaba de ser sorprendentemente silenciosa.

Mientras salía de Kiruna no vio ni un alma. Parecía abandonada, deshabitada. Como si ya hubiese sido evacuada.

Enseguida llegó a la E10. Pensó un rato en cuánto tardarían en mandar a un cerrajero para que entraran en su piso. Ya no tenía compañeras de trabajo que fueran a preguntar por ella, pero sí realizaba algunas actividades semanales: el yoga, el gimnasio, el final del curso de punto. No deberían pasar más de dos semanas antes de que alguien la echara realmente en falta.

Giró hacia el este en dirección a Vittangi. La carretera bordeaba el río que sentía suyo, el Torneälven. Pensó en el deshielo que estaba por venir, en los brotes de las hojas, el trino de los pájaros, el sol de medianoche. Buscó en su interior, pero no le pareció que fuera a añorar participar en todo aquello, experimentarlo una vez más.

No encendió la radio, no se cruzó con ningún vehículo, excepto algunos camiones cargados de mena. El asfalto estaba seco y lleno de agujeros provocados por la congelación del suelo en invierno.

Estacionó en un hueco donde habían retirado la nieve. Se puso los esquís bajo el brazo, se alejó por la carretera y buscó un sitio donde el terraplén de nieve dejado por el quitanieves fuera un poco más bajo y le permitiera trepar al otro lado. El terraplén tenía placas de hielo y terrones de nieve compactada. Solo faltaría que se partiera los brazos y las piernas y se quedara allí tendida.

En cuanto hubo cruzado al otro lado se vio frente al bosque. Miró a su alrededor, pero el coche y la carretera quedaban ocultos detrás del muro de nieve: habían dejado de existir.

Los pinzones ya estaban por allí. Este año había muchos. Cantaban tanto que parecía que se adentrara en un bosque tropical. Reforzaban la sensación que Ragnhild tenía siempre que iba al bosque: que estaba dejando atrás un mundo para meterse en otro. Como siempre, el bosque le parecía una madre. Una diosa, quizá la Máttaráhkka sami, que le daba la bien-

venida. Como si volviera a casa huyendo de las garras afiladas del patio de la escuela y saltara a los brazos de una madre que cerraba la puerta de un oasis en el que nadie te podía alcanzar.

Ahora, solo ella y el bosque, nada más. Pinos titilando en colores cobrizos. Abetos centenarios con faldones grises. El cielo fluctuaba del rosa al azul celeste, con el sol bajo de la mañana asomando pálido al sudeste y la luna llena brillando blanca al noroeste. Se iluminaban el uno a la otra, entrelazaban sus rayos como alambre de peltre sami.

Se puso los esquís de fondo y con un suave impulso comenzó a deslizarse por la escarcha nocturna. Era dura y reluciente, hacía falta cierta destreza para mantenerse en pie cuando los esquís patinaban hacia los lados. Bajo los árboles, donde la nieve derretida había estado goteando, la capa de escarcha era especialmente dura, como cristal grueso y granulado. Si el sol empezara a calentar demasiado ahora, por la madrugada, hasta el punto de empezar a derretir la nieve, Ragnhild tendría que seguir avanzando por esas placas.

Pero, por el momento, la escarcha seguía soportando bien su peso y le permitía deslizarse con una facilidad maravillosa. Los cantos de acero de los esquís apenas dejaban marcas tras de sí. Oyó algunos cuervos. De lejos era fácil confundirlos con ladridos de perro, pero al cabo de poco rato aparecieron en el cielo y trazaron un vuelo de reconocimiento por encima de ella; se gritaban cosas.

Ragnhild perdió la noción del tiempo y, cuando oyó el ruido del agua corriendo, se quedó asombrada. ¿Ya había llegado? Miró la hora: las cinco y media. Esquió el último tramo entre sauces cabrunos y mimbre, que ya estaban floreciendo con sus borlas mullidas.

Siguió el río corriente abajo hasta que llegó al puente de nieve. Continuaba allí. Como una hermosa pasarela de hielo y nieve cruzando una pequeña cascadita.

Pero primero iba a tomar café. Había un pequeño mon-

tículo a tan solo veinte metros del puente, encumbrado por un pequeño y bello abeto nudoso. Alrededor del tronco el hielo se había deshecho lo suficiente como para dejar al desnudo un trozo de tierra donde Ragnhild podía sentarse y encender su hoguera.

Reunió un puñado de leña de árboles muertos y unas cuantas astillas para encender el fuego: ramitas grises de abedul, corteza, hojarasca y ramas de enebro. Abrió un agujero en la escarcha y llenó con nieve la cafetera y la olla. No se atrevía a acercarse al río para sacar agua, había demasiado hielo en la orilla. No quería resbalar y caerse dentro. La falta de lógica en aquella precaución la hizo sonreír y negar con la cabeza. Pero quería que las cosas fueran a su manera.

Consiguió hacer llama con ayuda del pedernal. Eso la hacía sentirse orgullosa: poder encender un fuego allá donde fuera y en cualquier clima, sin necesidad de sacar la caja de fósforos. Ya llevaba cinco años con la misma. Aunque no dejaba de ser ridículo pavonearse para sus adentros con cosas así.

Justo cuando el café comenzó a hervir la llamaron por teléfono. Podría haberse caído de culo por la sorpresa; retiró la cafetera del fuego y sacó el teléfono de su bolsillo interior. Eran las seis y tres minutos de la mañana. La llamada provenía de un teléfono fijo. ¿Quién usaba un fijo hoy en día? Y las primeras cifras eran 0981. Su pueblo natal estaba dentro de esa zona.

Se quedó un momento mirando el teléfono con suspicacia. Hacía años que no hablaba con nadie de allí. Pero el aparato continuó sonando. Y al final lo atendió.

Al otro lado de la línea respondió un hombre. Por la voz que tenía, Ragnhild supuso que era joven.

—¿Es usted Ragnhild Pekkari? —quiso saber—. Pues... Me parece que tengo una noticia muy triste que darle.

El hombre al otro lado de la línea se presentó y le contó que era el dueño del supermercado de Junosuando.

—Le llamo por su hermano —dijo—. Henry Pekkari. Lleva casi tres semanas sin pasar por la tienda.

Ragnhild comprendió que debería decir algo. Pero los pensamientos le estaban flaqueando y se movían como un paciente cargado de Diazepam. De sus labios no salió ni una palabra. El tendero prosiguió:

—No tiene por qué ser nada. Pero Henry suele venir cada jueves, cuando nos llegan los pedidos de alcohol para el fin de semana. ¿Hola, *oletko sielä*?

—Sí, sigo aquí —logró decir Ragnhild.

—Ah, pensaba que se había cortado. O sea, ya ha pasado que a veces no viene. Como ahora, que no puedes fiarte del hielo. Se queda incomunicado en la isla y pueden pasar semanas. Pero siempre suele pegar un telefonazo. Al fin y al cabo, vive solo allí fuera, de modo que cuando no puede venir, nos llama. Creo que los de la tienda somos los únicos a los que ve y con los que habla. He intentado llamarlo, tanto ayer como esta mañana. Pero no lo atiende.

—No me diga —dijo Ragnhild Pekkari en un tono con el que era consciente de que la gente se sentía como si fueran testigos de Jehová en el rellano de su casa, con un folleto a cuatro tintas en la mano y diciendo que el reino de Dios estaba cerca.

Un tono que había empleado a veces con algunos parientes, y bastante a menudo con el director médico y sus acólitos.

Miró el estofado de solomillo de cerdo. El café ya se había enfriado demasiado. Podía hervirlo de nuevo, pero entonces sabría a pis de gato.

«Me lo merezco —pensó—. Mi última taza de café será un café con hielo.»

—En cualquier caso —dijo el tendero—, he pensado que a lo mejor usted sabría algo de él.

—Llevo treinta y un años sin tener ningún contacto con Henry —informó Ragnhild Pekkari—. Seguro que ya lo sabía. Como todo el mundo en Junis.

—Pero no dejan de ser hermanos, así que he pensado que debía llamarla de todos modos —replicó el tendero un poco a la defensiva.

Ragnhild observó que decía «he pensado» cada dos frases. Aunque no pensaba con más de dos dedos de frente.

—Pues disculpe si la he molestado —dijo el tendero como para cerrar la conversación—. Lo cierto es que primero he llamado a la policía de Kiruna. Pero me han dicho que no pueden aterrizar con un helicóptero en la isla cuando la nieve es tan fina como el puré de papa.

Ya estaba a punto de colgar. Ella se lo imaginó diciéndoles a sus compañeros de trabajo que «esa Ragnhild Pekkari está como una cabra, por lo visto no le importa un carajo».

Y entonces se oyó a sí misma preguntando:

—Una cosa... Cuando Henry iba a la tienda, ¿solía comprar alimento para perros?

—Ni idea —respondió el tendero—. Estoy muy pocas veces en caja. Espere, que lo pregunto. ¡Deme un momento!

Su voz sonó mucho más alegre, ahora que no se sentía tan repudiado. Ragnhild se arrepintió de su pregunta. Sopesó colgar, apagar el teléfono y hacer como que se había cortado.

Pero el hombre ya volvía a estar al otro lado.

Le dijo que sí, que Henry solía comprar alimento para perros.

Y Ragnhild volvió la cara hacia el cielo azul. Intentó hacerse fuerte ante el recuerdo de Villa, la perra cuyo nombre significaba «lana» en la lengua infantil de Ragnhild.

Villa, con sus ojitos afables y su estrella blanca en el pecho. Villa, que marcaba la presencia de los pájaros y seguía el rastro de los alces, que pastoreaba las vacas y salía las noches de verano a cazar topillos. Villa, que en invierno dormía a los pies de su cama.

Villa, que se quedó en la isla con Henry. De eso hacía... Madre de Dios, tuvo que contar... De eso hacía cincuenta y cinco años. Cuando Henry tenía dieciocho y se quedó con la finca familiar en la isla. Y ella tenía doce y se fue a vivir a la ciudad con su madre y su padre y su hermanastra Virpi. Ragnhild había llorado y exigido que se llevaran a Villa, pero su voluntad no tenía ningún valor. «Villa no puede vivir en un piso en la ciudad», dijo su padre. Lo que él no había entendido era que eso valía para todos. Nadie de la familia estaba hecho para vivir ni en un piso ni en una ciudad. Lo acabarían comprobando.

Ragnhild no tuvo tiempo de contenerse. Recordar a la perra le provocó un nudo creciente en la garganta. Villa, que ahora ya llevaba tantísimo tiempo muerta.

El tendero estaba hablando al otro lado. Ragnhild logró soltar un «gracias». Una palabra inusual en su boca. Luego colgó.

Vertió el café sobre el fuego sibilante. El poso se esparció como un hormiguero. Ragnhild arrancó un poco de musgo de la parcelita de tierra desnuda bajo el abeto y limpió la cafetera. Luego volvió a guardar las cosas en la mochila y se puso los esquís.

La pasarela de nieve seguiría allí. La escarcha nocturna aún aguantaría el peso de los esquís otra semana. Podría volver. Pero ahora tenía a aquel perro en la isla. No podía abandonarlo a su destino.

Henry, puto borracho, ¿para qué querías tú un perro?

En el camino de vuelta hasta el coche se cruzó con un urogallo hembra. Normalmente son muy temerosos, pero esta se encontraba en pleno celo y no tenía ningún miedo a las personas. Pasó corriendo por encima de sus esquís, siguió las mar-

cas que iba dejando a su paso y de vez en cuando alzaba el vuelo dando unos aleteos pesados para no quedarse rezagada. A lo mejor eran los bastones de Ragnhild lo que le despertaba el ansia de apareamiento. Cualquier cosa que agitara los brazos y se moviera debía de parecerle un macho. No era inusual que las hembras de urogallo se acercaran a los patios de las escuelas en época de celo. Se veían atraídas por el jaleo y el juego de los niños. La madre de Ragnhild solía decir que se veían atraídas por los niños, como si el pájaro tuviera un instinto maternal incluso para las crías humanas. El ave la estuvo siguiendo casi durante dos kilómetros, necia presa de sus propios sentimientos.

—Déjalo ya —le dijo—. No merece la pena.

Ragnhild aceleró el paso. Creía que solo estaba dejando atrás la muerte momentáneamente. Pero la muerte siempre nos espera delante. Ahora la tenía muy cerca.